

Richard Wilhelm

Lao Tsé
y el taoísmo



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Textos tradicionales

LAO TSÉ Y EL TAOÍSMO

Richard Wilhelm

1.ª edición: marzo de 2024

Título original: *Lat Tsé und Der Taoismus*

Traducción: *A. García-Molins*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

Corrección: *M.ª Ángeles Olivera*

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-113-4

DL B 2052-2024

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

| | |
|--------------------|---|
| Introducción | 7 |
|--------------------|---|

I. LAO TSE Y SU OBRA

| | |
|--|----|
| Capítulo I. La vida de Lao Tsé..... | 17 |
| Capítulo II. El <i>Tao te king</i> | 27 |

II. LAS DOCTRINAS DE LAO TSÉ

| | |
|---|----|
| Capítulo III. El <i>Tao</i> | 35 |
| Capítulo IV. El mundo de los fenómenos | 45 |
| Capítulo V. De cómo se adquiere el <i>Tao</i> | 53 |
| Capítulo VI. La sabiduría de la vida | 59 |
| Capítulo VII. Estado y sociedad | 69 |
| Capítulo VIII. Selección del <i>Tao te king</i> | 79 |

III. LA INFLUENCIA DE LAO TSÉ

| | |
|--|-----|
| Capítulo IX. El taoísmo después de Lao Tsé | 113 |
| Capítulo X. Selección de textos tomados de escritos taoístas posteriores a Lao Tsé..... | 141 |

INTRODUCCIÓN

Lugar de Lao Tsé en la vida espiritual china

El gran pensador chino Lao Tsé es uno de los místicos más importantes de la humanidad. No le llamo filósofo porque, como la mayor parte de los pensadores chinos, se distingue del filósofo, tal y como se ha desarrollado en Europa, por dos características destacadas: primero, no se propone dar un sistema perfecto de la concepción del mundo en el que todas las relaciones y hechos tienen una interpretación inequívoca en el mundo visible y en el invisible, y, además, su pensamiento no se limita tan sólo al conocimiento, sino que también proporciona indicaciones o direcciones para vivir inmediatamente en un plano de la realidad más elevado que aquel en el que, por lo general, suelen moverse los hombres con sus ideas. No sólo pretende ordenar las ideas del sano entendimiento; no sólo quiere armonizarlas entre sí cuanto sea posible, considerándolas y mejorándolas de manera crítica allí donde hay contradicciones insolubles, sino que también desea incluir el pensamiento del hombre en un plano más hondo, haciéndole entrar en contacto inmediato con los verdaderos nexos del universo, de forma que el pensamiento se convierta en contemplación y, todavía

más, en intuición viva, influyendo así de un modo definitivo en toda la existencia.

Antes de seguir al pensador Lao Tsé por estos derroteros, vamos a estudiar cómo ha llegado a esta actitud interior que da a la vida china del espíritu una significación única.

Vivió en una época que no difiere del todo a la actual de Europa. Durante los siglos anteriores a su nacimiento, se había ido disolviendo poco a poco el antiguo imperio feudal chino, en cuya cima se encontraba el «Hijo del Cielo, que reunía el poder temporal y la autoridad religiosa. En su lugar había surgido un sistema de estados particulares que guardaban entre sí cierto equilibrio de poder. Pero al equilibrio chino le ocurrió algo parecido a lo que le sucede al equilibrio europeo; para sostenerlo fueron precisas incesantes guerras. Éstas se entablaban en China con armas por completo distintas de las que usa la moderna Europa, aunque no eran menos mortíferas y temibles. Estados enteros se repartieron; se acabó con dinastías, se deshicieron familias, se destruyó el bienestar de los países y fueron sacrificados millones de hombres. A pesar de estos sangrientos horrores, estaba muy desarrollada la conciencia de que se vivía en la cumbre de la cultura. Se producían descubrimientos, se infundía vida a organizaciones encaminadas a ordenar el gobierno de los estados y se discurrían procedimientos para potenciar la economía popular. Porque para hacer la guerra es preciso dinero, y para obtenerlo en forma de impuestos se necesita una economía bien desarrollada, de orientación capitalista.

En estas circunstancias, el viejo orden social fue desquiciándose cada vez más. Las antiguas clases se desmoronaban; se venían abajo las viejas familias y ascendían clases sociales nuevas. Pudo verse cómo príncipes de las antiguas casas reales llevaban una existencia desesperada como esclavos y porteros, con los pies cortados. Por otra parte, hubo esclavos, pastores y trabajadores que, tras demostrar su competencia y talento, fue-

ron promovidos a los más altos empleos. Pero las circunstancias, en general, no tenían consistencia interna. Las eternas guerras hacían que todo fuese inseguro. El que un día era rico y distinguido al día siguiente se podía encontrar hundido en la miseria. Para los hombres de aquellos días, el porvenir estaba siempre cubierto de una capa de oscura incertidumbre. De aquí resultaba el ansia de poderío y de riqueza, el afán de defender y conservar lo que se había conquistado en la guerra. El miedo de perder lo ganado provocó, tras las antiguas guerras de conquista, otras nuevas.

Con todo esto, naturalmente, el pueblo era quien más sufría. Al pueblo, las luchas de sus príncipes por el poder no le inspiraban el menor interés, por mucho que éstos se esforzasen en presentar sus guerras como una cuestión de honor para la defensa del derecho y de la verdad. Pero los soldados con que se hacían estas guerras salían del pueblo; los hijos del pueblo tenían que dar su sangre y eran arrancados del lado de sus padres; los esposos eran separados de sus esposas; las familias padecían necesidad y hambre, y se dispersaban con frecuencia por lugares inciertos, en lejanías desconocidas. El pueblo había de sacrificar sus bienes para estas guerras y para la pompa que decoraba las cortes de los príncipes en tiempos de paz. Las grandes vías eran llanas y hermosas, pero el pueblo no podía transitar por ellas; el atuendo de la corte era bello y soberbio, pero los campos estaban llenos de malas hierbas y vacíos los graneros; la ropa de la gente distinguida era elegante y fina; todos llevaban un puñal en la cintura, y eran delicados en el comer y en el beber, y había para ellos bienes en exceso, pero la gente del pueblo pasaba hambre, y algunos incluso morían en el arroyo.

La antigua religión china sufrió en esta época una grave conmoción. En tiempos antiguos reinaba en China una creencia en Dios que puede muy bien compararse con la antigua creencia israelita. Se imaginaba que allá arriba, en el cielo azul,

había un Dios que contemplaba desde lo alto a las criaturas y vigilaba sobre lo justo y lo injusto. Dios había dado a los hombres príncipes que habían de mantener el orden sobre la Tierra. Si reinaba el orden, la bendición del cielo no se hacía esperar; se manifestaban los signos favorables, y las pruebas de la gracia divina eran tiempos fértiles, bendiciones y prosperidad; de la misma manera expresaba Dios su cólera mediante las sequías e inundaciones, las enfermedades y las carestías. Pero también había, en lo individual, espíritus que premiaban a los buenos y castigaban a los malos.

Esta religión cayó, pues, en desacuerdo con los hechos. ¿Dónde estaba el Dios bondadoso del cielo si en la Tierra podían ocurrir impunemente todos aquellos males? Fueron diversas las actitudes que los chinos tomaron para este problema. Los piadosos predicaban paciencia y conformidad con los designios inescrutables de Dios. Otros dudaban de Él. El cielo azul, allá arriba, podía contemplar despiadadamente durante años enteros la miseria de los hombres mientras reinaba el azote de la sequía y el fuego del Sol, secando todas las semillas y haciendo perecer a las criaturas. Otros, en cambio, animaban al hombre a gozar de la vida mientras hubiera medios y posibilidad de goce, pues reinaba incertidumbre sobre lo que pudiera acaecer después de la muerte. Otros, por su parte, atribuían la culpa a las clases gobernantes. En el *Libro de los Cánticos*, cuyas últimas composiciones provienen de aquella época o de la inmediatamente anterior, hallamos algunos cantos plenos de sarda irritación y de odio feroz contra los desafueros en el estado y en la sociedad, que tan desconsoladoras consecuencias tenían. Este descontento llegaba hasta el pesimismo y el cansancio de la vida. «Mucho mejor hubiera sido no haber nacido nunca que tener que soportar esto». Ni Dios en el cielo, ni padre, ni madre, ni Sol, ni Luna escuchan la pena, que no tenía quien la atenuara.

Es natural que cuando este malestar fuera prendiendo en el pueblo, toda la estructura de la sociedad se viese amenazada. Se trataba de una época de disolución y de transición. El estado feudal patriarcal se desmenuzaba cada vez más. Los grandes Estados padecían las mismas dificultades. En las generaciones anteriores existían todavía poderosas hegemonías que, sustituyendo al Hijo del cielo y gobernando en su nombre, mantenían el orden en el imperio; pero ahora esto se había acabado. Las estirpes nobles se atrincheraban en sus burgos y en sus ciudades fuertes, y el príncipe fue muchas veces expulsado o incluso acababan con su vida si no obraba de acuerdo con sus deseos.

Aquella época se llama «primavera y otoño», según la obra en que Confucio, bajo la forma de historia, ejerció la crítica social desde el punto de vista moral. Fue una época dominada por las revoluciones y los regicidios, incluso en cada uno de los estados. Pero lo extraño de aquella época es que, a pesar de estos indicios de disolución, la vida espiritual progresó. La crisis no era crisis de una cultura agonizante. El viejo mundo chino duró todavía trescientos años más; y precisamente esos trescientos años constituyeron una época de actividad espiritual sin parangón.

La miseria de la época era bastante importante para conmover las bases de lo antiguo, pero no consiguió aniquilar la cultura. Al contrario, hizo su aparición una nueva época productiva, en la que se crearon nuevas bases para el porvenir. En el norte de China surgió Confucio, que se apoyó en lo viejo, llenándolo de un nuevo espíritu, y se situó sobre el terreno de la época y de la realidad, estableciendo las normas, según las cuales, la sociedad china, una vez que hubo madurado su doctrina, fue desarrollándose hasta la época más moderna. El punto de vista de Confucio estaba en la eternidad, pero sus efectos recayeron sobre lo temporal. Su aspiración fue la de purificar y

plasmar las formas de los fenómenos temporales, según las más profundas leyes de la vida y según el camino del hombre. Este camino conducía a la cultura, a una cultura que no estaba reñida con la naturaleza, sino que había de ser armonizada y ordenada por ella misma.

Lao Tsé procedía del sur, donde la cultura china se había encontrado con otra cultura. Mientras que en el norte el patriarcado había alcanzado la victoria hacía ya medio siglo, Lao Tsé, en la confusión del día, volvió a la naturaleza, a la gran naturaleza maternal. Su camino no es el del hombre, sino el del cielo, el de la gran naturaleza, en la que el hombre tiene que sumergirse de nuevo para encontrar la paz en el caos originado por la cultura y la excesiva consciencia. Lao Tsé es el representante de la dirección meridional de la cultura china. Predicaba la vuelta a la naturaleza; no tiene historia, porque sólo le interesa el eterno ritmo de lo que se va sucediendo; no quiere fines ni medios, no desea acción ni tráfico, sino quietud, crecimiento y desenvolvimiento a partir del sentido más profundo de la vida.

Confucio veía a los hombres de su época como niños que, por su imprevisión, se aproximaban demasiado al agua o al fuego, niños a quienes era preciso salvar a toda costa. Reconocía que era muy difícil esta salvación; pero por eso mismo buscó durante toda su vida el medio de operarla. Conocía la medicina que podía ofrecer el remedio. Lo había demostrado durante los breves años en que estuvo encargado en su patria de la dirección de los negocios del Estado. Sin embargo, para poder aplicar su remedio, necesitaba un príncipe que lo utilizase, que siguiera sus métodos y que lo ayudase a hacerlos eficaces. Así, fue de un lugar a otro y de uno a otro estado. Algún príncipe tuvo el gusto de charlar con él, otro pudo hacer un ensayo a medias. Pero ninguno osó hacerlo por completo. Finalmente acaeció la gran renuncia y se retiró para ocultarse. Sin embargo, no pudo desprenderse de su responsabilidad. Lo que

no pudo realizar en la actualidad lo entregó como herencia para el futuro. En la edición de las obras clásicas, creó las normas del orden para el futuro y, por medio de instrucciones orales, dejó a sus discípulos la clave para descifrar el secreto de la aplicación de aquellos graves principios y doctrinas.

Lao Tsé no considera la situación con tanto optimismo. La enfermedad que padecía el mundo no era de aquellas que podían curarse con medicinas: «El que obra, lo echa a perder; el que se sostiene, lo pierde». Lo necesario, a su entender, era dejar descansar al mundo, para que el organismo tuviese tiempo y ocasión de regenerarse a sí mismo. Pero Lao Tsé no limitó sus principios a la época que le tocó vivir. En cualquier tiempo, si se quiere obrar, hay que retroceder del mundo de los fenómenos al mundo de la eterna vía, para encontrar allí las compensaciones secretas a todo aquello que se agita en la existencia, con el objetivo de que el devenir sea influido desde un plano superior. Porque cuando el hombre se limita a oponer una fuerza visible a otra fuerza visible en el mundo de los fenómenos, entonces las consecuencias son siempre limitadas y finitas, y no es posible salir de la corriente en que fluyen los procesos.

Muchas veces hay ocasión de ver, por alusiones casi literales, que el pensamiento de Lao Tsé, como el de Confucio, está determinado por la sabiduría secreta del *Libro de las mutaciones*, un libro antiquísimo de oráculos y sabidurías, al cual Confucio, cuando tenía una edad avanzada, siguió entregado con toda su alma. Comparado con Confucio, que representa en su época la tendencia moderna del progreso, en sus fundamentos, Lao Tsé es el más antiguo. Retrocediendo más allá de la época patriarcal, llega hasta el punto en el cual el símbolo último es lo maternal, la eterna mujer. Pero no está limitado en el tiempo, sino que con sus raíces alcanza hasta las últimas profundidades, de las que emana cualquier vida. Así, ha recorrido los siglos junto a Confucio, su contemporáneo más joven. Es ver-

dad que, más adelante, de él se derivó una religión mágica que no guarda más que una relación muy floja con su verdadero pensamiento, pero, no obstante, quedó intacto en su esencia. Esta esencia interna ha influido una y otra vez en China aun mucho después de haber alcanzado la victoria el confucianismo. Justamente los más sabios de los estadistas confucianos estuvieron siempre con Lao Tsé por su modo de sentir. Así, Confucio creó la forma de la vida para los milenios; éste es su original mérito. Pero más allá de esta forma, llenándola y dándole sentido, se halla la gran doctrina del Wu Wei, del no querer hacer nada. Y en ella coinciden Confucio y Lao Tsé.

I. LAO TSÉ Y SU OBRA

CAPÍTULO I

LA VIDA DE LAO TSÉ

Sobre la historia de la vida de Lao Tsé se han difundido muchas leyendas. No es nada fácil sacar de ellas algo por completo seguro sobre este particular. Las breves indicaciones que se encuentran en la historia china Chi Ki, de Si-Ma Ts'ïän, no se pueden considerar por completo ciertas. Lo que puede decirse acerca de Lao Tsé, según los modernos trabajos críticos chinos, es poco más o menos lo siguiente.

El nombre familiar o apellido de Lao Tsé era Li, su nombre apelativo Erl y su nombre personal Tan, es decir, según la costumbre china, Li Erl o Li Tan. La palabra Lao significa «viejo», y Tsé, «maestro», de manera que Lao Tsé significaría «el viejo maestro». Pero también existe la posibilidad de que Lao fuese un viejo nombre de clan. Nos lleva a pensar en ello el frecuente uso de la combinación «Lao Tan» en la Edad Antigua china. Estos nombres de clan son de uso general en China. Se transmitieron poco a poco a las estirpes patriarcales y se conservaron en esta forma hasta el presente. En la antigüedad, las familias nobles llevaban, además, otros nombres familiares. Uno de ellos sería, en este caso, el nombre de Li. Esto sería al mismo tiempo la prueba de que Lao Tsé provenía de una familia distinguida, lo cual no es improbable por otras razones.

El lugar del nacimiento de Lao Tsé es K'uhsiän, en el estado de Tsch'en. Tsch'en era un estado situado al sur de la China de

entonces, esto es, en la comarca del Yangtse. En la época de Lao Tsé este estado había sido ya anexionado por el gran estado del sur Tsch'u, el cual mantenía muy escasos vínculos con el círculo de la cultura china. Sin embargo, Lao Tsé –tal vez por esta misma razón– no entró al servicio del estado de Tsch'u, sino que se dirigió a la ciudad imperial de Loyang, en la que se convirtió en jefe de la biblioteca del imperio. La circunstancia de que Lao Tsé proviniera de las comarcas fronterizas meridionales de la cultura china de entonces es de suma importancia para explicar todo su pensamiento. El sur se caracteriza, por un lado, por el radicalismo de las convicciones, y, por el otro, por la blandura y la suavidad; todo ello lo encontramos en la filosofía de Lao Tsé. Del mismo modo, la profundidad de la intuición, que supera todas las barreras, es peculiar del sur, frente al sobrio realismo del norte chino. Claro que Lao Tsé, como cualquier otro gran hombre, no es el producto de su mundo circundante. Pero de igual modo que en Goethe no deja de tener importancia el hecho de proceder del suroeste de Alemania, porque las influencias culturales, los matices y los estímulos que allí recibió ejercieron influencia sobre su pensamiento, al menos a título material, y de igual manera que, por otro lado, tenemos en Kant un pensador sobre el que influyó el espíritu seco y estricto del noreste alemán, también así hallamos en Lao Tsé rastros del mundo de la China meridional, como en Confucio encontramos rastros de la China septentrional.

Su empleo en la biblioteca imperial de la capital china tuvo también una gran importancia para su desarrollo. Un bibliotecario no era entonces lo que es en la actualidad; tenía encomendado el cuidado de las obras que, en tiempos antiguos y modernos, trataron del sentido del éxito y del fracaso, de la existencia y la decadencia, de la desgracia y la suerte. El cargo fue en principio como sacerdote y su misión consistía en consultar los oráculos. Así se comprende de dónde había sacado

Lao Tsé su gran visión de conjunto sobre los «maestros de la primera época», de los cuales habla en ocasiones; así se explica también que conociese y comprendiese el antiguo libro de los oráculos de la dinastía de los Tschou, el *Libro de las mutaciones*, lo cual se demuestra también de manera evidente en su doctrina que tiene comúnmente como premisa el *Libro de las mutaciones*. Y también que conociese todos los usos y costumbres de la edad primitiva, porque en la biblioteca imperial disponía de abundantes fuentes a las que no podía acceder ningún otro hombre de su época. Es, pues, del todo posible que Confucio le hubiese preguntado acerca de estas costumbres, y son por completo dignos de crédito los diversos datos en las notas sobre las costumbres (Li Ki) que citan a Lao Tan como la autoridad de quien Confucio había recibido la información, aun cuando por de pronto contradigan la imagen que se suele tener de Lao Tsé. La tradición de Lao Tsé pasó muy pronto a lo mítico, e incluso donde faltan los rasgos maravillosos se ha condensado su imagen, por decirlo así, en una abreviatura grandiosa. Lao Tsé es, en la tradición, el sabio antiquísimo que, lejos del mundo y fuera del tiempo, convive con el sentido y la vida del cosmos, y sólo tiene para los hombres, sus contemporáneos, una suave ironía o algunos desperdicios de ideas. No hay duda de que el modo en que un hombre llega a ser mítico, ya sea adolescente, hombre maduro o anciano, contiene una verdad interna. Cuando un hombre llega a alcanzar tanta importancia, hasta el punto de que la posteridad lo conserva en su memoria, sucede de la forma más característica para él. Precisamente en Lao Tsé, la significación de «viejo» que iba incluida en su nombre, influiría, sin duda, de un modo especial en este sentido. Pero a pesar de este hecho indiscutible, no debemos olvidar que Lao Tsé también sufrió una evolución. Seguramente no vino al mundo como un anciano de ochenta años, con el cabello blanco, como dice una leyenda posterior. Si experi-

mentó una evolución, entonces no tiene que existir ninguna dificultad para encontrar en ella –aun cuando no podamos ya reconstruir sus distintas fases– un espacio donde situar los datos de las notas acerca de las costumbres. Estos datos tienen mucha importancia porque son los únicos datos antiguos acerca de Lao Tsé que proceden de fuentes confucianas, las cuales, en lo que se refiere a la fidelidad histórica, son siempre muy seguras y resultan tanto más valiosas cuanto que las fuentes que proceden del campo taoístico encumbraron desde muy pronto a Lao Tsé en la zona de los mitos.

Las notas sobre las costumbres tienen gran importancia para la historia de la vida de Lao Tsé, porque el pasaje nos permite establecer con exactitud la época en que Confucio visitó a Lao Tsé, con lo que adquirimos un punto de apoyo para establecer la vida del filósofo. En realidad, esta fecha es la única que conocemos sobre su vida. No podemos determinar ni el año de su nacimiento ni el de su muerte, ni siquiera aproximándonos algunos años, y resulta significativo que la única fecha histórica con la que contamos sea la del encuentro de Lao Tsé, un hombre tan ahistórico, con Confucio, un personaje de gran exactitud histórica. En las notas citadas acerca de las costumbres, en el capítulo de «Las preguntas de Tsong Tsé» (Tsong-Tsé Ven), Confucio afirma que, mientras caminaba con Lao Tsé en un entierro, presencié un eclipse de Sol. Y se tiene noticia de que en el verano del año 518 hubo un eclipse de Sol que pudo presenciarse en China. Esto concuerda de modo sorprendente con un hecho mencionado por otra parte. Al fallecer en Lu uno de los principales hombres de Estado, ordenó que su hijo y su sobrino frecuentasen las clases de Confucio, que a la sazón tenía treinta y cuatro años. Y por ello, Confucio y estos discípulos hicieron un viaje a la capital de Tschu, donde, entre otros, parece que visitó a Lao Tsé. Este viaje debió ser justamente por aquel mismo año, de for-

ma que el hecho queda muy bien atestiguado por la concordancia de tan diversas fuentes. Frente a esto, no puede tomarse en serio la objeción de que el hijo de aquel estadista no podía haber hecho un viaje justo después de la muerte de su padre, porque las costumbres funerarias no llegan a fijarse a China hasta Confucio, y aquel viaje se realizó por encargo directo del padre fallecido.

Parece que Confucio, según la costumbre de entonces, preguntó a Lao Tsé principalmente por los usos de la época clásica de los Tschu. Esto no está de acuerdo con las diversas referencias taoísticas sobre esta entrevista, ya que en todas ellas se dice que Lao Tsé convenció a Confucio de la inanidad de todas las costumbres y ceremonias. También Si-Ma Ts'ïän, en sus notas históricas, defiende esta misma opinión. La fuente de que se vale para ello seguramente es Tschuang-Tsé, cuyo libro 14 refiere toda una serie de historias acerca de las conversaciones entre Confucio y Lao Tsé. Algunas de ellas son, sin duda, tan solo una forma de discusión entre las concepciones taoística y confuciana del Estado. Sin embargo, hay un capítulo con referencia exacta de lugar y tiempo. Según este capítulo, Confucio habría peregrinado durante cincuenta y un años, cuando se dirigió hacia el sur, a P'e, para visitar a Lao Tan. Terminada la entrevista, Confucio pronunció la frase citada por Si-Ma Ts'ïän: «Esta vez he visto realmente un dragón. Cuando el dragón se recoge tiene figura humana, y si se dilata, se transforma en un fantasma aéreo que atraviesa las nubes y vive de la clara y de la oscura fuerza primitiva». Si esta entrevista es histórica, ha de ser, en todo caso, distinta de aquella otra en la capital de Tschu. Tiene lugar en P'e, al sur de China. Los eruditos chinos están divididos entre aquellos que opinan si debemos aceptar una entrevista anterior o una entrevista posterior de ambos sabios. Si hemos de ir aplicando todo el material de que disponemos, habríamos de suponer varias entrevistas. Tal vez indique esto

mismo una de las esculturas de piedra de los sepulcros de Kia-siang que proceden de la época Han: aquí está representado el encuentro de forma que Lao Tsé va de viaje cuando Confucio lo visita y éste le ofrece como regalo un pájaro. En una época posterior, observamos en Confucio un cambio interior que lo aproxima mucho más a las opiniones de Lao Tsé. En las conversaciones de Confucio encontramos diversos pasajes que hablan de ciertas opiniones del sur. También el pasaje del Taote-king, que afirma que hay que pagar el odio con bondad, se cita y critica en las conversaciones de Confucio. Además, no es improbable que el pasaje de las conversaciones donde Confucio se sitúa junto a Lao P'ong se refiera a Lao Tsé. P'ong es una ciudad cerca de P'e, y en la lengua china es muy frecuente designar a los hombres por los nombres de los lugares en que residen. Además, el nombre de Lao se encuentra antiguamente como nombre patriarcal de familia en aquellas comarcas. La explicación de que Lao P'ong tal vez hubiera sido un ministro de la época Yin, del cual nadie sabe nada, es poco satisfactoria. Se comprende, sin embargo, en una época en que Lao Tsé no era estimado por los confucianos.

Confucio tuvo, años después, otros encuentros con sabios, sobre todo al llegar al sur, en sus peregrinaciones. A estos hombres les dio siempre mucha importancia; los trató con gran consideración y, con ellos, discutió detenidamente. En su trato con ellos es evidente que siente la necesidad de justificarse. Finalmente, hizo suyas las opiniones de dichos sabios, y después de una larga peregrinación inútil, se retiró a la calma de su patria. No es imposible, ni mucho menos, que en aquella época se hubiera vuelto a encontrar con Lao Tsé, para recibir de él una impresión más profunda que en la primera entrevista de Loyang. Este cambio que Tschuangtsé sitúa cuando Confucio tenía sesenta años, habría, pues, que atribuirlo, entre otras cosas, a la influencia de Lao Tsé. Este cambio de Confucio en los

últimos años es un hecho histórico. Si no se estuviera de acuerdo con ello, se debería tener en cuenta el hecho de que se hubiera ocupado con detenimiento del *Libro de las mutaciones*, ocupación que corresponde a esta época y que dio como fruto aquel comentario al *Libro de las mutaciones* en el cual Confucio se aproxima mucho, en parte, a las doctrinas de Lao Tsé.

Al parecer, también Lao Tsé había ido sumiéndose cada vez con más profundidad en el alejamiento de todo lo mundano. Al complicarse cada vez más las circunstancias, parece que renunció a su puesto en la biblioteca imperial para retirarse a una vida oscura. Es conocido el relato del modo en que abandonó la comarca central en su viaje hacia el oeste a través del puerto de Hanku. En aquel paso, el funcionario Yin Si estaba encargado de la vigilancia, y con él tuvo Lao Tsé una conversación acerca del sentido y de la vida. Le rogó entonces el guardián de la puerta que antes de partir le dejase un resumen de sus doctrinas. Entonces Lao Tsé compuso una obrita de unos cinco mil signos, que más adelante se hizo célebre con el nombre de *Tao Te King*. Se dice que Lao Tsé no regresó a Tschu después de este viaje.

Dondequiera que la historia de Lao Tsé ofrece un punto de conexión, sobreviene la leyenda y continúa tejiendo su trama. Según la leyenda, pues, Lao Tsé se marchó lejos, hacia el oeste, donde enseñó a los bárbaros el sentido del mundo. El taoísmo posterior utilizó este dicho como recurso contra el budismo para afirmar que Lao Tsé era el verdadero fundador de la doctrina budista y que Buda dependía directa o indirectamente de Lao Tsé. Claro que todo esto es fantasía. Aquel puerto o paso no se encuentra al final del mundo, sino en medio de China, y permite a los viajeros salir de la región central. ¿Adónde se dirigió Lao Tsé? No puede decirse con una seguridad absoluta. Probablemente pasara algún tiempo peregrinando y se retirara, como se sabe que han hecho otras veces los sabios a una edad

avanzada. Existen diversos indicios que permiten suponer que se marchó hacia el sur, por la región del Yangtsé. En esta época habría que situar el segundo encuentro con Confucio, ya mencionado. Por último, parece que regresó a su patria y murió entre los suyos. El pasaje del *Tschuangtsé*, en donde se relata su muerte, tiene tales tintes de autenticidad que merece completo crédito. Afirma así:

Lao Tan había muerto. Ts'in Schi fue a dar el pésame. Profririó tres gritos de dolor y se marchó de nuevo. Un discípulo le preguntó: «No erais el amigo de nuestro maestro?». El contestó: «Sí». «¿Os basta entonces expresar de esta manera vuestro dolor?». El dijo: «¡Sí! Al principio sostenía que él era nuestro hombre, y, sin embargo, no es así. Al entrar, hace poco, para plañir, vi que le lloraban los ancianos como si llorasen a un hijo, y los jóvenes como si se lamentaran por una madre. Para atraérselos con tal firmeza necesita haber pronunciado palabras que no hubiera debido pronunciar y haber llorado lágrimas que no hubiera debido llorar. Pero esto es un desvío de la naturaleza celeste: esto no hace sino aumentar las excitaciones humanas del sentimiento, de forma que se olvidan los elevados dones. A este estado los antiguos lo llamaban el castigo por haber abandonado la naturaleza celeste.

Vino el maestro a este mundo cuando fue su momento. Salió el maestro de este mundo cuando se cumplió su tiempo. Quien espera su tiempo, y está pendiente de que se cumpla, sobre él, ni la alegría ni el luto tienen ya poder. A este estado le llamaban los antiguos el desenlace de Dios.

Lo que vemos terminarse es solamente la leña. El fuego sigue ardiendo. No conocemos que ha concluido».

Esta historia, que precisamente aproxima a Lao Tsé y su modo de ser al carácter europeo, es muy adecuada para acallar las dudas acerca de la existencia histórica de Lao Tsé, dudas que a veces surgen de nuevo. Sirve, asimismo, para acreditar en su existencia histórica la circunstancia de haber dejado un hijo que, en la época de los imperios en lucha, ocupaba en el Estado Ve una influyente situación militar. Aun cuando la familia de Lao Tsé, hasta la actualidad, no posee un árbol genealógico tan irreprochable como la familia de Confucio, tenemos noticia de que existieron descendientes durante algunas generaciones. Sólo tras el transcurso de varios siglos desaparecieron sus huellas.